



ULLSTEIN

Pu-yi

El emperador que cayó del cielo

Dos mil eunucos vivían pendientes del más pequeño de sus caprichos. Pero el destino tenía preparadas unas cuantas sorpresas para el último emperador de China. Entre ellas, que acabaría siendo un comunista convencido.

Aisin Gioro Pu-yi estaba destinado a dominar el mundo. Los 5.000 años de historia china decían que el emperador que ocupara su trono sería el principal personaje en la Tierra, como intermediario entre los dioses y el pueblo más avanzado y poderoso del planeta. Ciertamente, a principios del siglo XIX la economía de China suponía aproximadamente un tercio del total mundial, y además, a lo largo de los siglos, otras naciones

habían seguido su camino y les habían imitado tanto en la escritura como en formas de gobierno o en pensamiento filosófico, lo que llevó a los chinos a poner un nombre a su país que mantienen hasta la actualidad: *Imperio central*. Coreanos, japoneses o vietnamitas, por ejemplo, copiaban su escritura y leían a sus pensadores, mientras que otros, como los reinos budistas del sureste de Asia, aunque no habían adquirido su cultura, sí aceptaban la hegemonía del empera- ►

El fin de la dinastía Ching

El día 2 de diciembre de 1908, cuando el pequeño Pu-yi subió al trono del dragón con dos años y medio, poco imaginaban sus acólitos la de vueltas que daría en la vida. Se pasó la ceremonia chillando y llorando con tal desconsuelo que su padre intentó calmarle: "¡Tranquilo, hijo mío, que pronto habrá acabado todo!" La muchedumbre allí congregada reaccionó horrorizada, pues todos interpretaron esas palabras como la peor de las profecías, la que vaticinaba el hundimiento de la dinastía Ching. Y tenían razón: Pu-yi acabó sus días trabajando como un humilde peón en un jardín botánico. En la foto de la derecha le vemos en 1959, prisionero en un campo de reeducación maoísta, escribiendo la relación de sus crímenes. Allí también aprendería a atarse los zapatos por primera vez... y a ser un buen comunista.



Protagonista involuntario

La intrigante "reina viuda" Tze Hsi (abajo) no se resignaba a perder poder en la corte imperial y la única manera de continuar manteniendo su posición de "emperatriz madre" era adoptar a un sobrino. La elección recayó sobre Pu-yi, que fue coronado emperador a los dos años y medio (abajo, a la derecha, con el regente Chuen, que sostiene en brazos a su propio hijo). Aunque se vio obligado a abdicar cuando cumplió seis años, le permitieron seguir viviendo en la Ciudad Prohibida (al lado, una foto de 1900 donde ya resulta evidente el deterioro de este gigantesco palacio real).



AKG



KEYSTONE



SYGMA

de reconocer a las potencias occidentales a raíz del fracaso de la revolución bóxer de 1900 pusieron al Imperio chino en un trance complicado.

Una extraña carambola de la historia propició que Pu-yi llegara al trono

Pu-yi tenía un futuro difícil, pero las circunstancias de su proclamación lo complicaron aún más, ya que llegó al trono de forma irregular. Primero, su antecesor, el joven emperador Guang Hsu [Guangxu] murió de forma sospechosa tras pasar diez años arrestado en palacio. Segundo, había otros parientes más cercanos del emperador anterior. Tercero, las intrigas palaciegas de la *reina viuda* Tze Hsi fueron la razón de su nombramiento, porque habiendo detentado durante muchos años el poder en la sombra, la única forma que tenía esta *emperatriz madre* de mantenerlo tras la muerte de su hijo era adoptando a un sobrino. Éste resultó ser el pequeño Pu-yi, a quien elevaron al trono en noviembre de 1908 con el nombre de Hsuang Tung. Tenía poco más de dos años y medio cuando le nombraron emperador en una ceremonia donde sus lloros pudieron mucho más que el protocolo imperial.

Aun cuando se hubiera conformado

► dor chino. Los occidentales eran los únicos que no reconocían la superioridad de la civilización china o el papel central de su emperador como hijo del cielo, por lo que no merecían otro apelativo que el de *bárbaros* o, cuando creaban problemas, *diablos rojos*.

Los últimos tiempos, sin embargo, habían demostrado que ese poderío antaño indiscutible estaba siendo desafiado. Desde su derrota en la primera Guerra del Opio (1840-42), China pudo

comprobar que los occidentales estaban más desarrollados en armamento, mientras que las progresivas concesiones territoriales en los puertos de su costa demostraron que el poder del emperador ya no era tal, porque incluso dentro del propio territorio chino tuvieron que permitir que los extranjeros impusieran su ley. Después, la derrota militar frente a los antiguos vasallos japoneses en 1895 y las inmensas deudas que hubieron

sólo con detener el declive del trono, su tarea había de ser titánica, pero la situación no tardaría en empeorar. En octubre de 1911, cuando Pu-yi empezaba a balbucear sus primeras palabras, la rebelión contra la dinastía Ching se expandió por toda China, con la fuerza cada vez mayor de la Alianza Revolucionaria que, dirigida por Sun Yatsen, tenía entre sus objetivos acabar con los príncipes Ching. Ante esta situación y tras negociaciones, China pasó a ser una república provisional, mientras que la corte imperial accedió a la abdicación del joven monarca cuando éste iba a cumplir su sexto

de calificativos como Señor de los Diez Mil Años o Bienaventurado Hijo del Cielo. Sus órdenes de azotar eunucos eran continuas, los profesores eran despedidos en cuanto a él se le antojaba y, aunque intentaron inculcarle conceptos como humanidad y justicia, el tratamiento de emperador le colocaba por encima del bien y del mal. Vivió una infancia y una juventud tan aislado como sus antecesores, porque ni tuvo amigos de juegos ni sus hermanos siquiera se atrevían a llamarle Pu-yi, sino que le trataron siempre como a un emperador. Seguía viendo el mundo a través de la obe-

anarquía, para llevar a su país por la vía de la modernización utilizando las energías de los extranjeros, etcétera. Pu-yi intentó apoyar a generales monárquicos, financiar a cuentistas que le prometían planes inverosímiles, e incluso vendió las joyas que la casa imperial atesoraba desde hacía siglos para conseguir el retorno a unos tiempos gloriosos que él sólo conocía por referencias. La ambición ilusa de Pu-yi sólo le permitía escuchar a quienes le decían que debía recordar los numerosos ejemplos históricos de retornos al poder, a pesar de que en China, para esos años, la gran mayo-

Sus prerrogativas de emperador lo convirtieron en un niño cruel y caprichoso: su principal divertimento era mandar azotar a los eunucos por cualquier motivo



SYGMA

Tradición milenaria

La madre de Pu-yi se suicidó con 16 años. Y él mismo se casó por primera vez a los quince (izquierda) con una chica de doce, llamada Yi Li So Bai, que eligió por una foto (derecha).

cumpleaños. Como compensación, se les permitió seguir en la Ciudad Prohibida (el palacio real), mantener sus tesoros y recibir una suma anual para sus gastos, en lo que se llamó el *Tratado de Buena Voluntad*.

Desde entonces, la situación del pequeño Pu-yi fue contradictoria: siguió manteniendo la pompa imperial, pero dentro de una república. Su vida en la Ciudad Prohibida se desarrolló, al igual que la de sus antecesores, rodeada de reverencias, ceremonias y

diencia que le brindaban en la corte. Pero su poder ya no llegaba más que a las puertas del palacio.

Por eso, la obsesión de su vida fue recuperar ese trono y ese esplendor de los tiempos antiguos. Restauración fue la palabra clave que centró sus ambiciones y sus sentimientos personales, desde antes incluso de que llegara a la mayoría de edad. Convenido de la necesidad de su vuelta, las excusas de Pu-yi para justificarla fueron muy variadas: para acabar con la

ría de la clase educada rechazaba de plano el sistema imperial y se negaba a aceptar siquiera una monarquía constitucional.

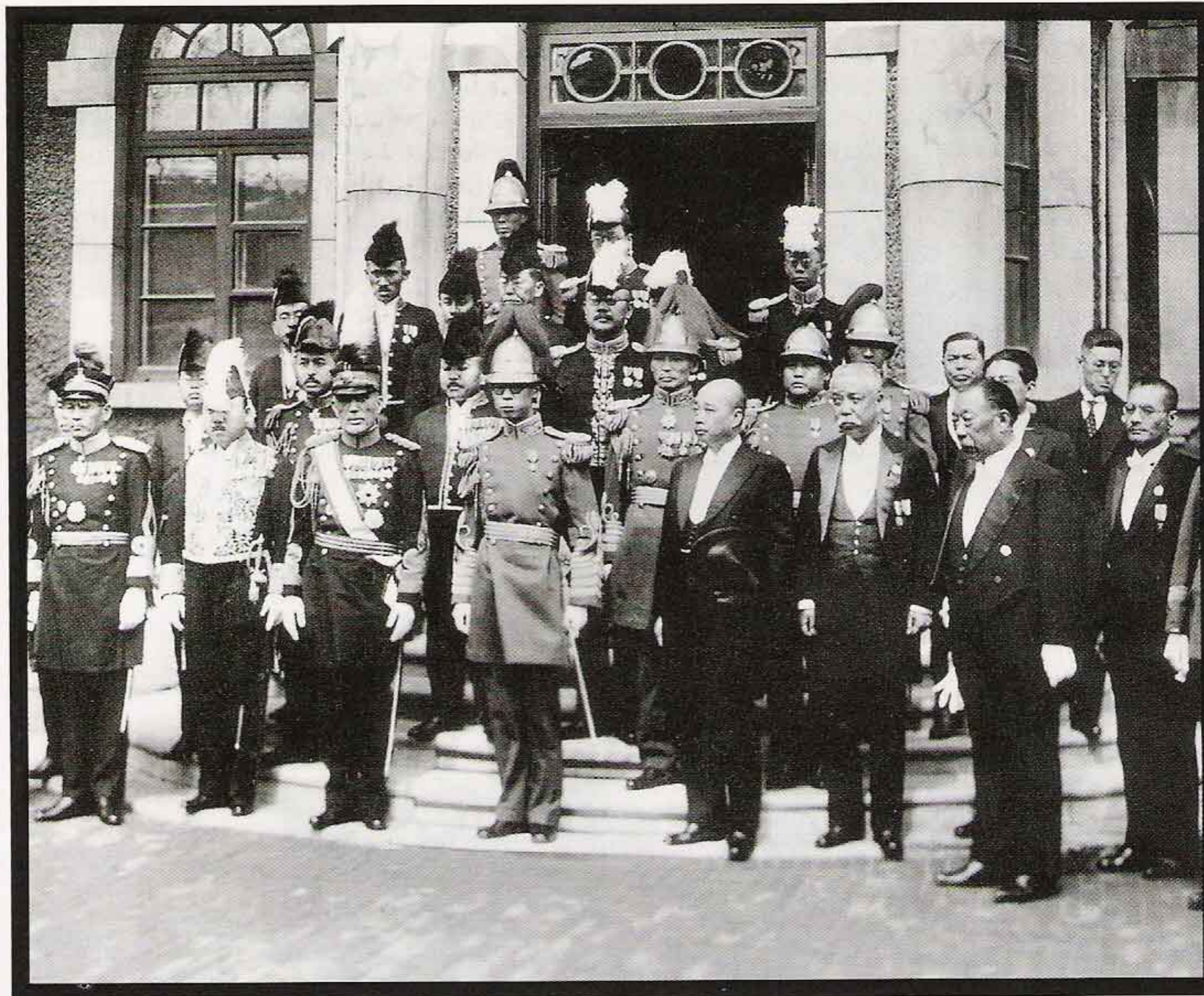
Aunque Pu-yi fracasó siempre, nunca le faltaron motivos para mantener viva su particular quimera. La mentalidad imperial desapareció muy lentamente y el primer presidente posterior al Imperio, Yuan Che-kai [Shikai], se hizo proclamar emperador por unos meses en 1916. Al año siguiente, los monárquicos de Chang Hsun [Zhang Xun] provocaron una restauración que puso a Pu-yi en el trono como emperador cuando tenía doce años. La ilusión sólo se pudo mantener unas semanas, antes de volver a abdicar, al quedar claro el escaso apoyo militar, sobre todo cuando cayó en la Ciudad Prohibida la primera bomba que se lanzó en China desde un avión militar.

Su poder real era mínimo: ni siquiera pudo frenar los constantes robos en palacio

Cuando alcanzó la mayoría de edad, Pu-yi tampoco consiguió ganarse una imagen de estadista, ni siquiera de gobernante con capacidad de mando en su propia casa: la decisión de expulsar a los eunucos en 1923 y sus medidas para evitar la corrupción y el robo de los almacenes imperiales no lograron detener la desaparición progresiva de una gran cantidad de tesoros, que se vendían después en los mercadillos de antigüedades. Si Pu-yi era incapaz ►

Sueño efímero

Cuando los japoneses invadieron Manchuria, región del norte de China, propusieron a Pu-yi que se convirtiera en el emperador del nuevo Estado de Manchukuo, lo que aceptó en 1933 (abajo a la derecha, en uniforme de almirante). Al principio, gozó por fin de todo el boato inherente a su cargo (a la derecha, con ministros y militares nipones), pero pronto le bajaron de categoría, dejándole bien claro que, aunque fuera emperador, su puesto estaba por debajo de su homólogo japonés, a la sazón, el emperador Hirohito (abajo, los dos gobernantes pasando revista a las tropas).



SÜDDEUTSCHER VERLAG



AKG



AKG

- de gobernar la Ciudad Prohibida, permitirle que intentara hacer lo mismo con el país entero sería una locura, pensaron un buen número de seguidores.

Algún tiempo después, la derrota de un general aliado suyo provocó su expulsión definitiva de la Ciudad Prohibida, que desde entonces quedaría como un museo público cultural

e histórico. El emperador destronado se trasladó a la Residencia del Norte, en una situación que no podía continuar por mucho tiempo a causa de la tensión con el gobierno provisional revolucionario, mientras que veía cada vez más factible su vuelta al trono apoyado por las potencias extranjeras. Así las cosas, se escapó al barrio de las Legaciones de Pekín,

una zona donde las autoridades chinas no tenían jurisdicción y que, ante los temores del recién exiliado de sufrir un atentado, le podía ofrecer seguridad.

De allí pasó a Tianjin, la ciudad costera más cercana a Pekín y también una concesión internacional, donde pudo seguir fomentando conspiraciones varias gracias al dinero sacado

de la venta de joyas y tesoros imperiales, así como de las propiedades que seguía manteniendo, desde armar bandas de rusos blancos a recibir las propuestas de dinero y armamento de algunos generales perdedores en la guerra civil.

Su idea, no obstante, era marcharse a estudiar a Occidente. En 1919 comenzó en Pu-yi la fascinación por lo extranjero, cuando, a raíz del fracaso de la restauración, el nuevo presidente ordenó que se le diera una educación avanzada bajo tutores europeos. De esta forma conoció al escocés Reginald Johnston, un catedrático de lite-

“coletita de cerdo”, sino que provocó las quejas de sus fieles por perder la *dignidad imperial* al usar bastón de paseo, gafas Zeiss o perfumes Max Factor. En el colmo de su transformación llegó incluso a occidentalizar su nombre, cambiándolo de Hen Li a Henry. Por lo demás, Johnston también le informó sobre la situación de la política internacional, sobre los posibles apoyos que le prestaría Inglaterra y hasta le aconsejó en su plan de huida al barrio de las Legaciones.

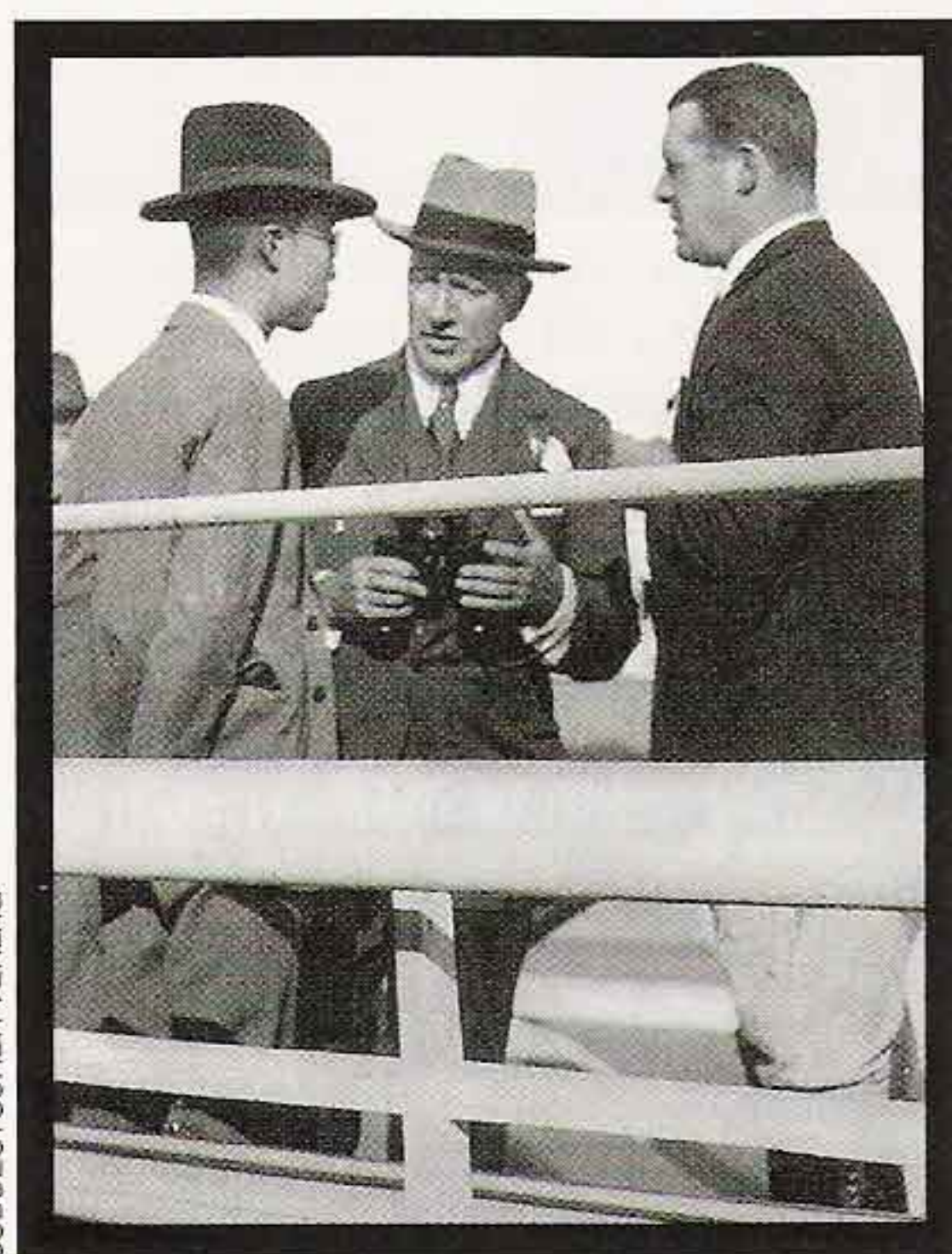
Pero más que occidentalizado, Pu-yi estaba avergonzado de sus propios compatriotas. Teniendo la vida de un

cos, también constituían un ejemplo claro de país desarrollado que incluso les había vencido militarmente años atrás. Además, al contrario que con los occidentales, con ellos las posibilidades de cooperar en pos de esa ansiada restauración eran mayores, ya que teniendo su propio sistema imperial era fácil que pensaran, como le decían al propio Pu-yi, que las raíces de todo desorden radicaban en que China carecía de emperador.

Tras haber iniciado una buena relación a partir de la conmoción que supuso el terremoto de Tokio de 1923, los japoneses prestaron su embajada

A través de su tutor británico aprendió a admirar todo lo occidental. La impresión fue tan profunda que cambió su nombre de pila Hen Li por el más ‘elegante’ Henry

SÜDDEUTSCHER VERLAG



ULLSTEIN

Influencias europeizantes

Su preceptor escocés Reginald Johnston (a la izquierda, de frente) le influyó de tal manera, que se cortó la coleta manchú, se convirtió en un “dandy” (derecha) y se hizo llamar Henry.

ratura en Oxford con un dominio excelente del idioma chino, que fue contratado por medio de la embajada inglesa. Su influencia fue grande porque a través de él, Pu-yi quedó embelesado con la cultura occidental al ver, por ejemplo, fotografías de aviones, de cañones, de caramelos, al aprender el ritual británico del té de las cinco o al leer la revista de moda *Esquire*.

Asimilando el sentimiento de superioridad occidental que le transmitía su maestro Johnston durante las clases en el Palacio del Crecimiento Espiritual, Pu-yi no sólo se cortó la tradicional coleta manchú a raíz de una burla de Johnston al denominarla

dandy como su ideal de existencia, él se consideraba más inteligente que el resto de sus súbditos chinos, de los que pensó que eran incapaces tanto para el gobierno como para la civilización, hasta el punto de que se asombró en una ocasión de que el maquinista de una locomotora fuera chino. Un chicle de menta o una simple tableta de aspirina le llevaban a pensar que todo lo extranjero era bueno y todo lo chino, malo. La única excepción que llegó a ver fue, precisamente, el sistema imperial que él debía restaurar.

Los japoneses tuvieron un papel curioso como objeto de admiración de Pu-yi. Porque, aunque eran asiáti-

a Pu-yi para que se instalara durante su escapada al barrio de las Legaciones desde el Palacio de Verano, en 1924, y durante su estancia en Tianjin siguieron manteniendo un trato muy cordial con él, mientras que aumentaba su influencia en el norte de China. Para la ansiada restauración del emperador depuesto esto significaba una nueva esperanza, no sólo por el entusiasmo con el que le acogían, sino porque la presencia japonesa en el norte de China ya sobrepasaba con mucho a la de los países occidentales.

Cuando las tropas japonesas invadieron Manchuria, Pu-yi se lo jugó todo a una carta

Fueron los únicos compañeros de viaje fiables y poderosos, aunque ellos también exigieron el pago correspondiente. La principal decisión tomada por Pu-yi fue incitada, precisamente, por los japoneses. A partir de 1931 invadieron Manchuria, la región al norte de China donde el sistema imperial conservaba más importancia, y los éxitos que lograron frente a las tropas chinas fueron continuos. Por ello, cuando los militares japoneses le propusieron escaparse secretamente a la zona dominada por ellos, a Pu-yi le bastó una simple promesa para lanzarse a la aventura y desatender los consejos en contra de su entorno. Era una apuesta arriesgada, porque no se trataba sólo de enfrentarse a sus compatriotas chinos, que luchaban contra los japoneses, sino a las potencias occi- ►

Reciclaje total

Las tropas soviéticas lo capturaron en 1945, y para salvarse, declaró contra los japoneses en el Tribunal Internacional del Extremo Oriente (bajo estas líneas). A su regreso a China en 1950 estaba convencido de que iba a ser fusilado por los maoístas, pero en vez de ello lo recluyeron durante nueve años en un campo de reeducación comunista (derecha). El lavado de cerebro tuvo tanto éxito, que se arrepintió sinceramente de su pasado, lo que le valió el indulto. Los últimos años de su vida trabajó de jardinero (foto inferior).

CIFRA GRÁFICA



SIPA PRESS

CIFRA GRÁFICA



► dentales, que estaban en contra de los métodos japoneses de penetración en China y, además, sólo habían transcurrido dos meses desde el ataque japonés, por lo que todavía era pronto para conocer el resultado. A pesar de ello, Pu-yi apostó por el Imperio del Sol Naciente y viajó a Mukden, capital de la Manchuria ocupada por Japón.

La apuesta le salió bien durante un tiempo. A pesar de que el ejército japonés se resistía al principio, Pu-yi

consiguió de nuevo su sueño dorado y, por fin, en el año 1933, el gobierno nipón le reconoció como emperador de Manchukuo, el Estado marioneta al servicio de Japón.

A tenor de los resultados, Pu-yi logró lo que buscaba: su rostro aparecía en oficinas y edificios de la administración, mientras que el partido gobernante, la Liga de la Concordia, obligaba a los particulares a comprar su retrato. Además, escolares y solda-

dos se inclinaban ante su foto diariamente y leían solemnemente sus rescriptos imperiales, que después habían de aprenderse de memoria. Si eso era lo que más ambicionaba, por un tiempo pudo sentirse satisfecho. Era la tercera vez que se sentaba en un trono y ésta parecía la definitiva.

Los japoneses no tardaron en dejarle claro que sólo era “un rey de la baraja”

Pero su triunfo fue efímero. No sólo porque bien pronto pudo comprobar que los japoneses eran los que mandaban y que él tenía poco poder, incluso de puertas adentro del palacio, sino porque también le bajaron inmediatamente de categoría para señalar claramente que tenía un puesto inferior al del emperador japonés. Como él mismo afirma, se dio cuenta de que no era más que “un rey de la baraja”. Si en un principio le hacían enorgullecerse de su relación con la familia imperial japonesa, con el tiempo pasaron a llamarle simplemente rey y después a limitar su relación con el ejército de Kanto, el que dominaba Manchukuo, mientras que Japón ya no era “aliado” sino “país padre”. Además, cada vez le controlaban más el acceso con el exterior y las demostraciones públicas de afecto

Mujeres imperiales

Pu-yi tuvo relación con muchas mujeres, pero resulta difícil decir que amara a ninguna. Tuvo nueve madres, entre la biológica, la viuda de su tío el emperador, y las siete concubinas que recibían el nombre de esposas imperiales o *esclarecidas madres*. Pero el propio Pu-yi reconoce que “a pesar de ser rico en madres, nunca conocí el amor maternal”, porque sólo se preocupaban de enviarle la comida y de enterarse si ya había acabado, además de hacerle rápidas visitas rodeadas de eunucos. Su madre biológica se suicidó a los 16 años a causa de un problema dentro de la corte con una de las esposas imperiales, Duen Kang, la concubina de jade del anterior emperador. Así que lo único parecido al amor maternal que recibió Pu-yi vino de su nodriza, Wang Momo, despedida cuando el niño cumplió nueve años por orden de las otras madres suplentes de más categoría.

En el matrimonio, el escalafón siguió dominando sobre los sentimientos y poco fue el tiempo que dedicó a sus esposas, ni al elegir las ni viviendo con ellas. Su primera boda fue a los 15 años, con una muchacha de doce a la que escogió por una fotografía. Se llamaba Wang Run y con los años pasó a llamarse también Yi Li So Bai (Elisabeth). Su vida en

común se limitó a los actos oficiales, y los regalos fueron una parte esencial de una relación cada vez menos llevadera por el consumo creciente de opio de la mujer, hasta el punto de que Pu-yi la calificó de “repugnante” y de “opiómana incurable”. Su segunda esposa, Wen Hsiu, le abandonó en 1931, cuando vivía en Tianjin, más que nada por el desinterés del emperador, siempre enfrascado en sus ansias de conseguir la restauración. Los japoneses se preocuparon de encontrarle sustituta, primero en 1937, con una nueva mujer manchú, Tan Yu-ling, de quien Pu-yi escribió: “Fue más un nombre que una esposa”. Al poco de morir Tan Yu-ling, en 1942, le buscaron la segunda sustituta, también una niña, y su nombre ni siquiera aparece en las memorias sino como “concubina de la dicha”, porque, cuando acabó la guerra, a los tres años, fue devuelta con su familia.

La relación más feliz careció de la fogosidad de la juventud, pero aprovechó las ganas de vivir tras haberse convertido en una nueva persona después de su salida de la cárcel: Li Chu-hsien, una enfermera con la que vivió los últimos años de su vida. A esta, por cierto, no pudo regalarle abrigos de pieles para compensar sus infidelidades, como hacía con las anteriores.



EFE



SÜDDEUTSCHER VERLAG

Las relaciones del último emperador de China con las mujeres estuvieron determinadas por las convenciones cortesanas. Al lado, la tercera mujer de Pu-yi, con la que se casó siendo ya el emperador-títere de Manchuria. Arriba, su última esposa, la enfermera Li Chu-hsien, ante su tumba en Hebei.

Cada vez que Pu-yi se iba con una concubina, regalaba a su mujer un abrigo de pieles. A los dos años de la boda, Wan Rung guardaba ya noventa en su armario

empezaron a ser más escasas. Las mieles de la restauración se volvieron amargas; por último, las bombas de los últimos años de la Guerra del Pacífico presagiaron la tercera abdicación que, esta sí, fue la última de todas.

Prisionero de las tropas soviéticas a partir de 1945, Pu-yi empezó desde entonces lo que llamó su “segunda vida”. Para esos momentos lo que le pasó a preocupar ya no era restaurar sino mantener. Su propio pellejo, en concreto, porque como colaborador entusiasta de los japoneses podía ser objeto de muchas acusaciones. Por esa razón, intervino en el Tribunal Internacional del Extremo Oriente como testigo contra varios altos cargos japoneses y para negar evidencias de cartas a favor de Japón escritas en los tiempos de la guerra, que entonces resultaban comprometedoras.


Aún así, tuvo suerte, porque durante los cinco años que estuvo preso

en Siberia, permaneció recluido en un sanatorio donde incluso tenía personal a su servicio.

En 1950 regresó a China con la certeza meridiana de que sería ejecutado. Se equivocó, pero sobre todo porque le ocurrió lo más inesperado: convertirse de corazón al espíritu de sus anteriores enemigos. Pu-yi fue uno de los muchos prisioneros que recibió las tácticas de reeducación maoistas, consistentes básicamente en discusiones de grupo que desembocaban en la autoinculpación de los “errores” cometidos. Y su conversión estuvo entre las más famosas.

No le fusilaron, ciertamente, pero los casi diez años que permaneció en el campo de reeducación (1950-59) tuvieron consecuencias radicales sobre su personalidad, porque no sólo se autoinculpó de muchos crímenes y faltas que tenían que ver con su pasada colaboración con los japoneses, tanto

antes como después de su escapada a la Manchuria ocupada, sino que fue más allá. También aprendió en estos años a ser un hombre normal: por primera vez se ató los zapatos él mismo, hacía su turno de limpieza dentro de la celda comunal e incluso se esforzó por lavarse la ropa a la misma velocidad que los demás para evitar ser objeto de burla entre el grupo.

Su espectacular cambio fue recompensado con un indulto y pudo incorporarse a la sociedad, aunque durante poco tiempo, porque murió en 1967. Al salir de prisión trabajó en el jardín Botánico de la Academia Sínica. Se restauró de la forma que menos hubiera imaginado: especializándose en plantas tropicales. 

Florentino Rodao, profesor de Relaciones Internacionales de la UCM y presidente de la Asociación Española de Estudios del Pacífico. Es autor de *Españoles en Siam y Franco y el Imperio Japonés*.